

CAPÍTULO IX.

DE LOS VARIOS PARECERES QUE HUBO EN LA COMUNIDAD,
ACERCA DE LA SALUTACION Y TALENTOS DE NUESTRO FRAY GERUNDIO,
Y DE COMO PREVALECIÓ EN FIN EL QUE ERA
MENESTER HACERLE PREDICADOR.

La primera diligencia que hizo el padre provincial, luego que salió del refectorio, fué pedir á Fray Gerundio el papel; y mientras éste comia á segunda mesa, se leyó todo el sermón en la celda de su Reverendísima, adonde concurrieron á cortejarle todos los padres graves del convento, sirviendo esto de rato de conversacion. Y aunque allí se repitieron con más libertad las carcajadas, porque aseguraron los que fueron testigos de oidas, que el cuerpo del sermón no le iba en zaga á la salutacion, no hubo forma de quererle soltar jamás el provincial, por más instancias que le hicieron aquellos reverendos padres; exeusándose con que hacia escrúpulo de exponerle á que se hiciese más ridículo, y solo á duras peras alargó la salutacion, permitiendo que se sacasen algunas copias, por cuanto esta ya la habia oido toda la mosquetería y populacho del convento.

2. Despues vuelto á los padres que le cortejaban, dijo con seriedad: es cierto, que me lastima este mozo, el talento exterior no solo es bueno,

sino sobresaliente; pero los disparates que ensarta, no se pueden tolerar, y todos nacen, lo primero de la falta de estudio, y lo segundo de los cenagales donde bebe, ó de los malditos modelos que se propone para imitarlos, los cuales no pueden ser peores por el modo y por la substancia. Maliciaron algunos, que esto último lo decia el provincial por el predicador mayor de la casa, pues no ignoraba la amistad particular que se profesaban los dos, ni las pésimas instrucciones que le daba, y aún el mismo predicador debió de sospechar algo, porque es fama que se puso colorado. Pero sea lo que fuere, prosiguió el provincial, yo quiero ver en presencia de vuestras paternidades, si con maña y con suavidad puedo hacer que este muchacho conozca su bobería, estudie, se aplique y lea á lo ménos buenos libros de sermones, para que tome el verdadero gusto de predicar, y la orden se aproveche de sus especiosos talentos. Mandó, pues, al lego su sócio (que habia ido á servir á aquellos padres un traguito de vino rancio, y unos bizcochos de canela, por modo de postre), que bajase al refectorio, y dijese á Fray Gerundio, que en acabando de comer subiese á la celda del provincial.

3. Subió al punto apresurado, sobresaltado y azorado; pero luego se serenó, viendo que el provincial le decia con mucho agrado: venga acá, hijo, y déme un abrazo, que lo ha hecho ni más ni ménos como yo esperaba; y sino le permití que acabase su sermón, no fué porque no le oyésemos todos con gran gusto, pues ya vió cuanto se celebró, sino porque estaba ya acabando de comer la

comunidad. No es creible quanto se solazó, y quanto se alentó Fray Gerundio al oír hablar á su provincial en un tono, que ciertamente no esperaba; pero llevando éste adelante su prudente artificio, le preguntó: Ea, dígame la verdad; ¿quién le compuso la salutacion? Padre nuestro (le respondió con una intrepidez y una sinceridad columbina), lléveme el diablo, si no la saqué yo toda de mi cabeza. Pues aquellos textos tan literales, y tan apropiados (le replicó el provincial); ¿cómo los podia saber si nunca ha leído la Biblia? Padre nuestro (respondió Fray Gerundio), eso con una leccioncita, que me dió en cierta ocasion el padre predicador mayor, es para mí la cosa más fácil del mundo. ¿Pues qué leccioncita fué esa? Díjome, que cuando quisiese aplicar algun texto á cualquiera palabra castellana, no tenia más que buscar en las concordancias la palabra latina, que la correspondiese, y que allí encontraria para cada voz textos á porrillo, con que podia escoger el primero que me diese la gana. Así lo hice, y en verdad que los textos, si no me engaño mucho, me salieron á pedir de boca. Por eso, cuando dije que Santa Ana palpitaba en el útero materno, luego encajé: *Ex utero ante Luciferum genui te*. Mire V. Paternidad muy reverenda el *utero* clarito como el agua. Cuando dije, que tenia hermoso y airoso vulto, al instante espeté lo de *vultum tuum deprecabuntur*, que ni de molde podia venir mejor. En hablando de hija, allí está en las concordancias, *filia mea malè à Dæmone vexatur*; y si hubiera querido traer otros cien textos de *filia*, tambien pude. Para las circunstancias agravantes; mire V. Pater-

nidad si el *tolle gravatum tuum* podia venir más al caso: y para aquello de las rameras, el *tempus putationis advenit*, me parece que vino como nacido.

4. ¿Con qué esa leccioncita le dió el padre predicador mayor? le replicó el provincial, con un poco de retintin. Sí, padre nuestro, respondió el inocente Fray Gerundio; y con ella no temo predicar el sermon más dificultoso, y de circunstancias más enrevesadas que puede haber; pues como yo encuentre en las concordancias la voz correspondiente, bien pueden llover circunstancias sobre mí, que tambien lloverán textos literales sobre el auditorio. ¿Pero no vé, hijo, le replicó el provincial, que esa regla no es buena, porque puede el predicador querer probar una cosa, y el texto, donde se halla la palabra, que va á buscar, hablar de otra que no tenga conexion ni parentesco con lo que él intenta? Pongo por ejemplo; ¿qué tiene que ver, que Santa Ana palpitase ó no palpitase en el vientre de su madre (dejo á un lado el disparate), con la generacion eterna del Verbo en la mente Divina, de la cual, en la sentencia más comun habla el texto: *Ex utero ante Luciferum genui te*? Ello, padre nuestro, respondió Fray Gerundio, allí hay cosa de *utero*; y sino viniere el texto al *palpitar*, vendrá al *utero*, y eso le basta al predicador.

5. Pero dígame; ¿y á qué vino el *vultum tuum deprecabuntur*? ¿A qué habia de venir? A lo de *hermoso y airoso vulto*. ¡Pecador de mí! exclamó el provincial, ¿pues no sabe, que *vultus, vultus, vultui*, significa el semblante? Sí, padre nuestro, ya lo sé; pero significa el semblante de vulto; porque sino di-

ria, *faciem tuam, os tuum*. Con dificultad pudo el provincial. ¿A qué lo habia de traer? Respondió Fray Gerundio; pues no se acuerda V. Paternidad, que lo traje á lo de circunstancias agravantes; ¿hay cosa más parecida, que *agravantes y gravatum*? Yo á la verdad no sé lo que significa *gravatum*; pero á mí me suena á cosa de agravante, y lo mismo sonará á cualquiera auditorio, que tenga buen oido; y como al auditorio le suene, no es menester más para que venga bien.

6. No obstante la natural seriedad y circunspeccion del padre provincial, le retozaba tanto la risa, al oir tan continuados y tan tremendos desatinos, que apenas podia reprimirla; pero al fin, conteniéndola lo mejor que pudo, y empeñado ya en tocar, aunque de paso, los muchos disparates de otra especie qua habia dicho en la salutacion, le preguntó; ¿y qué graves autores son, los que enseñan, que Santa Ana tuvo á nuestra Señora veinte meses en su vientre? Padre nuestro, respondió Fray Gerundio, yo no lo sé; porque en ninguno lo he leído: pero como oigo á cada paso decir á los predicadores más famosos, *afirman graves autores, dicen graves autores, enseñan graves autores, sienten graves autores*, yo creí que esa era una de las muchas fórmulas que se usan en los sermones; como cuando se dice: *aquí conmigo, ahora á mi intento, vaya para el teólogo, note el discreto*, de las cuales fórmulas cada cual puede usar libremente, cuando le diere la gana; y que aunque ningun autor haya soñado en decir lo que dice el predicador, éste puede citar á vulto autores, padres, concilios y teólogos siempre que le

viniere á cuento, como tambien versiones, exposiciones y leyendas; porque lo demás, padre nuestro; ¿á dónde íbamos á parar, ni quién habia de ser predicador si todas las noticias, erudiciones y textos que se traen en los sermones, se habian de encontrar en los libros?

7. ¿Pues no vé, hijo mio, replicó el provincial, que eso es mentir; y que la mentira, sobre ser vergonzosa é indigna de un hombre de bien en cualquiera parte, en el púlpito, que es la cátedra de la verdad, es una especie de sacrilegio? Buenos escrúpulos gasta V. Paternidad, respondió Fray Gerundio; yo no he oido tantos sermones como V. Paternidad, porque hasta ahora he vivido poco; pero puedo asegurar, que en ninguna parte he oido tantas mentiras como en los púlpitos. Allí se dan á las piedras las virtudes que no tienen; se fingen flores, árboles, frutas, aves, peces, animales y plantas, que no se encuentran en toda la naturaleza. Allí se hace decir á los padres y á los expositores lo que no les pasó por la imaginacion y á mi parecer hacen muy bien los que lo hacen; porque si los padres y los expositores no dijeron aquello, pudieron decirlo, y nadie los quitó que lo dijese. Allí no pocas veces se fingen textos aún de la misma Sagrada Escritura, que no se hallan en ella; y esto á mi ver no tiene inconveniente; porque así como el Espíritu Santo inspiró á los profetas y á los evangelistas las cosas que dijeron, así puede inspirar á los predicadores las que ellos dicen. A lo ménos, cierto predicador de mucha fama así me lo dijo á mí; y aunque es verdad, que esta doctrina no asentó muy bien á mi razon,

pero al fin bien conocí, que era de mucha conveniencia. Finalmente, allí se fingen ó se cuentan sucesos y ejemplos trágicos y horrorosos, que nunca sucedieron, adornándolos y vistiéndolos con tan extrañas circunstancias, que claramente se conoce, que son novelas; y con todo eso vemos, que hacen mucho fruto, porque la gente gime, llora, suspira y se compunge; mire ahora V. Paternidad si se miente en los púlpitos.

8. No le puedo negar, que por nuestros pecados hay mucho de eso, replicó el provincial; pero siempre es un atrevimiento, y aún una desvergüenza intolerable, y á cualquiera predicador, á quien le cogieran en alguna de esas imposturas, se le debiera castigar severamente, y quitarle para siempre la licencia de predicar; ¡ah, padre nuestro! respondió Fray Gerundio, si se hiciera eso, ¿quién habia de predicar los sermones de cofradía? ¿y cuántos hombres honrados quedarían por puertas ó necesitarían aprender otro oficio?

9. Pero dígame, hijo, ya que por esos disparatados motivos levantó á esos graves autores el falso testimonio, de que afirmaban que Santa Ana habia tenido á la Virgen veinte meses en su vientre; ¿á qué propósito, ó á qué despropósito trajo para probarlo el texto de *hic mensis sextus est illi*? ¿Seis meses son por ventura veinte? Lo primero, padre nuestro, que yo no traje el texto para lo de *veinte*, sino para lo de *meses*; y para eso el *hic mensis* venia que ni de molde. Lo segundo, que aunque le hubiera traído para lo de *veinte*, tampoco podía venir más al caso; porque la cuenta es clara: donde hay seis,

hay cinco, seis y cinco son once: donde hay once, hay nueve, y nueve y once son veinte: con que vele ahí los veinte clavados, por las equipolencias, que no estoy tan en ayunas de sumulas, como algunos piensan.

10. Reventaba de risa el provincial, no obstante su génio adusto y algo cetrino, al oír unos disparates, por una parte tan garrafales, y por otra tan inocentes: y prosiguiendo ya por entretenimiento, lo que habia comenzado por vía de amorosa correccion, le preguntó: ¿y qué graves autores dicen, que Santa Ana fué Abuela de la Santísima Trinidad? ¿no vé, que esa es una herejía formalísima, porque la Santísima Trinidad es increada, es improducible, es eterna, y consiguientemente no puede tener Madre, ni Abuela? Por aquí conocerá ahora, cuánto le conviene estudiar teología aún para ser predicador; porque si la estudia, no dirá herejías como ésta. Como yo no diga otras herejías (respondió Fray Gerundio), no me llevarán á la Inquisicion. Tambien yo lo creo (replicó sonriéndose el provincial), porque á la Inquisicion no llevan á los tontos; ¿pero dejará de conocer, que esa es herejía? ¡Buena herejía de mis pecados! dijo Fray Gerundio. Pues dígame V. Paternidad, padre nuestro; ¿Santa Ana no fué Madre de nuestra Señora? Sí; porque así lo dice el texto: *Dixit discipulo: ecce mater tua*. ¿Nuestra Señora no fué Madre de Cristo? Tambien; porque así lo afirma San Juan: *Dixit matri suæ: ecce filius tuus*. Luego Santa Ana fué Abuela de la Santísima Trinidad. Si no estuviera más en ayunas de sumulas de lo que piensa (replicó el provincial), no habia de

sacar esa consecuencia, sino esta: *Luego Santa Ana fué Abuela de Cristo.* ¿Pues qué más me dá una que otra, padre nuestro? preguntó Fray Gerundio. ¿Pues qué, le dijo el provincial, Cristo es la Santísima Trinidad? Así lo fuera yo, respondió Fray Gerundio: *El Trinitatem in unitate veneremur.* ¿Con qué me negará V. Paternidad muy reverenda, que Cristo es la Santísima Trinidad? ¿Y cómo que lo negaré? respondió el provincial: es la segunda Persona de la Trinidad, pero no es la Trinidad, así como Fray Gerundio es persona del convento, pero no es el convento. Y sino argüiria bien, el que dijese: *Cecilia Rebollo fué madre de Catanla Cebollon, Catanla Cebollon fué madre de Fray Gerundio de Zotes, persona del convento de Colmenar de abajo: luego Cecilia Rebollo fué abuela del convento de Colmenar de abajo:* tampoco arguyó bien el hermano Fray Gerundio; y cierto hubiera sido mejor, que el *retórico no hubicse atendido al argumento.* Padre nuestro, le respondió Fray Gerundio, *todas esas son galanterías de la escuela,* como dice el Barbadiño.

11. ¿Y son galanterías de la escuela, replicó el provincial, decir, que Santa Ana, como buena madre, enseñó á la Virgen á rezar el *Ave María?* ¿Pues qué, dijo Fray Gerundio, querrá V. Paternidad negar también una verdad tan clara y tan patente? Una Madre tan Santa y tan cuidadosa de la buena crianza de su hija, como fué la señora Santa Ana, dejaria de enseñarla la doctrina cristiana ni más ni ménos como está en el catecismo de Astete, comenzando por el *todo fiel cristiano,* hasta acabar; y más, que hay quien diga que también la enseñó aún él mismo

ayudar á misa, y que la Santa Niña á los siete años de su edad ayudaba á todas las misas que se decian en la iglesia de su lugar con mucha devocion y con mucha gracia; porque ya sabe V. Paternidad, que en tiempos antiguos, como lo lei en no sé qué libro, las mujeres ayudaban á misa. Déjelo, Fray Gerundio, déjelo, que no hay paciencia para oírle ensartar tantos y tan furiosos disparates, repuso el provincial; es posible, que sea tan pobre hombre, que no advierta que el *Ave María* es una oracion, que se reza á la misma Virgen; y que si Santa Ana se la hubiera enseñado, la enseñaria á que se rezase á sí misma; no ha leído siquiera en el catecismo aquella pregunta: *¿Quién dijo el Ave María? El Arcángel San Gabriel, cuando vino á saludar á la Virgen;* ¿y qué esta fué la primera *Ave María,* que se rezó en el mundo, cuando ya no estaba en él la gloriosa Santa, que habia muerto tres años ántes que esto sucediese?

12. No quiero ya hacerle más preguntas sobre la substancia de la salutacion, porque seria nunca acabar; pero no puedo ménos de hacerle algunas acerca del estilo, porque algunas cláusulas me dieron mucho golpe. v. gr.; ¿qué quiso decir en esta prodigiosa cláusula: *A este pues Angel transparente, di sana inteligencia, y objeto especulativo de la devocion más acre, consagra esta extática y fervorosa plebe estos cultos hiperbólicos?* Padre nuestro, respondió Fray Gerundio, lléveme el diablo, si yo sé lo que quise decir; solo sé, que la cláusula es retumbante, y que en sonando bien á los oídos no hay que pedirle más. Y sino, dígame V. Paternidad, quién hasta ahora ha puesto tachas á estas cláusulas, que andan impresas

en un solo sermón de San Andrés, y en verdad, que no son más claras que la mía :

13. *Y porque el lleno de tan celestes luces no ofusque atingencias visuales, atemperaré la discrecion atenta, con las lustrosas circunstancias del asunto.... Al destellar los crepúsculos matutinos, iluminaban el templo de flamantes resplandores, siendo el brillante candor, feliz panegírico de su sacra solemnidad.... Nitidos ráfagos de flamulosas antorchas, brillantes destellos de solares luces, animaban afectos obsequiosos, excitando admiraciones festivas: Candidus insuetum miratur lumen Olympi. (Y note V. Paternidad de paso el modo de traer los textos ni más ni menos como yo los traigo.) Y más abajo.... En el hermoso cielo de esta magnífica capilla, brillan soles en número distintos, Cristo y nuestro glorioso Santo: Fulserunt quondam candidi tibi soles; pero los identifica afectivamente la fineza; porque Cristo vitaliza con los igneos destellos de su amor al amante corazón de San Andrés: Lampades ignis: in me manet, et ego in illo. (¡Cosa divina! y luego me condenará V. Paternidad el Trinitatem in unitate veneremur). Con esta constelacion hermosa, ya no hay que temer fascinaciones de la esfera; porque las luces que podian recomendar propios resplandores, gloria stellarum (¡ay qué gloria! como quien dice, vultum tuum deprecabuntur), emplean hoy sus brillos en obsequiar de San Andrés glorias: Et opera manuum ejus annunciat firmamentum. (Mire V. Paternidad si yo mismo pudiera traer texto más al caso.)*

14. Padre nuestro, por ahora no quiero cansar más la atención de V. Paternidad con alegarle más

cláusulas, no solo de este sermón, sino de otros treinta y uno, que están impresos con él, y se contienen en un gran libro de á fólío, los cuales todos toditos están en este mismísimo estilo, que es un pasmo, es una admiración, es una borrachera. Ahora lo dijo todo, replicó el provincial, sin saber lo que se dijo; porque no puede haber epíteto, que cuadre ni explique mejor lo que es ese género de estilo, pues solo un hombre embriagado con el vino de la ignorancia, de la insensatez y de la presunción, puede gustarle; y digo que tiene muchísima razón, que ese estilo y el de su salutación, esas cláusulas y las suyas, son tan parecidas como una castaña á otra castaña; pero ¿es posible, que me diga que hay un libro de sermones impresos en ese estilo? No lo creo; porque ¿quién lo había de permitir? ¿Qué tribunal había de dar licencia para eso? ¿Cómo había de tolerar, que una obra como esa nos expusiese á la risa, á la burla y aún al desprecio de los extranjeros, que no nos quieren bien? ¿Y al autor, que seriamente pretendiese imprimir semejantes locuras; ¿cómo podian ménos declararle por falto de juicio, y de llevarle por caridad á la casa de la Misericordia de Zaragoza, ó á la de los Orates de Valladolid?

15. ¿Con qué V. Paternidad no quiere creer, que ande impreso tal libro, y con todas las licencias necesarias, y con aprobaciones rumbosas y de muy elevado coturno? Digo que no lo quiero creer, respondió el provincial, y que aunque lo vea, pensaré que lo sueño. Pues espere un poco V. Paternidad, que yo haré que lo vea y que lo palpe: y diciendo, y haciendo, sale Fray Gerundio precipitadamente

de la celda del provincial, vase corriendo á la suya, vuelve volando, trae un libro de á fóllo muy manoseado y ajado, porque no le dejaba de la mano el bueno del Frailecito, y casi le sabia todo de memoria; preséntasele al provincial, y le dice: ¿Está impreso este libro? Sí, impreso está, respondió su reverendísima. Pues lea V. Paternidad, continuó Fray Gerundio, el primer sermón de San Andrés: hizolo, y leyó á la letra las cláusulas arriba citadas ni más ni ménos como las habia recitado Fray Gerundio. Quedóse pasmado; y viendo Fray Gerundio que triunfaba, añadió: pues ahora ábrale V. Paternidad por cualquiera parte, y verá si se desmiente el autor, y sino es todo semejantísimo á sí mismo.

16. Abrióle por el sermón, que se seguia de la Concepcion, y tropezó luego con esta cláusula. *Vea- mos pues en aquellas occidentales fabulosas sombras, dibujadas estas orientales Marianas luces, que no es improprio á las soberanas luces el brillar entre las sombras: lux in tenebris lucet; pues consta, que entre la primordial tenebrosidad brilló la Concepcion de la luz: tenebræ erant super faciem abissi: et facta est lux.* Y más abajo: *Rosas, que siendo timbre de su original pureza, carecen de las espinas de la troncal mácula: ex spinis sine spina, que puso el simbólico: porque á estas espinas preocuparon giros de radiantes estrellas: in capite ejus corona stellarum.* Y para acabar la salutacion: *Para ponderar la gloria, que resulta á nuestra Soberana Reina de su original gracia, pidamos la gracia que la comunica su gloria.* Aquí se paró un poco el juicioso provincial, y dijo: este predicador sabia tanta teología como Fr. Gerundio, pues

por aprovechar un insulso retruecanillo, encajó un error teológico. La gloria á ningun bienaventurado comunica gracia, ni le añade un solo gradito más á la que tenia, cuando entró en ella. Pero vamos adelante.

17. Abrióle en el sermón siguiente de la Expectacion, y luego incontinenti se halló al principio con esta primera cláusula: *Tan complicado génio anima en la comun expectacion la esperanza, que su posesion y carencia son inexorables parcas de la vida.* ¡Qué diantres quiere decir aquí! exclamó el provincial. No sé, padre nuestro, respondió Fray Gerundio; pero ahí está el primor de ese inimitable estilo, hablar al parecer en castellano, y no haber ningun castellano que lo entienda. Pero tenga, añadió el provincial, que ya por el latín, que se sigue, saco lo que quiso decir: *Nec tecum possum vivere, nec sine te.* Sin duda quiso decir, que con esperanza no se puede vivir, y sin esperanza tampoco; que la esperanza mata, y la falta de esperanza tambien. Vaya, que eso es, reverendo padre, dijo Fray Gerundio, por eso dice *posesion y carencia*, esto es, esperanza y falta de ella, y por eso tambien concluye, que ambas *son inexorables parcas de la vida*, esto es, que la quitan. Por el hábito de mi Padre Santo Toribio, que esto es hablar culto y elevado, y que yo me muero por esto. Sin hacer caso el provincial de la sandez de Fray Gerundio, prosiguió leyendo: *Complica la esmeralda púrpura flamante con esplendor virente... El Evangelio y el asunto enuncian natural incoherencia; porque si el Evangelio enuncia á Cristo en Maria concebido, el misterio asunta á Cristo de Maria suspiradamente deseado.* (Ya escampa y llovia necesidad...))

Aureo, triticeo cumulo descende á la aurora Mariana el Verbo Eterno. Ego sum panis vivus qui de Cœlo descendit: dice el mismo: Frumentum electorum, Predijo Zacarías. Amaltea Sacra nuestra Emperatriz excelsa, á riesgos de perlas, á fomentos de suspiros, anima su corazon sacra cornucopia de celestiales flores: Acervus tritici vallatus floribus; ¡Jesús, Jesús! (exclamó el Provincial); y esto se predicó; y se predicó esto á un Ilustrísimo Cabildo; y no echaron al predicador el perrero, en vez de echarle el órgano; y esto se imprimió con todas las licencias necesarias! Vaya, hijo Fray Gerundio, que ahora le disculpo.

18. Respecto de las cláusulas que he leído, son tortas y pan pintado aquellas cláusulas de su salutación, que tanto choz nos hicieron á todos; *¿Y qué te dan, Ana, en retribucion por tus compendios? ¿Qué paralelos podrán expresar mis voces al decir tus alabanzas?... Es Santa Ana aquella preciosa margarita, que fecundada á insultos del horizonte, deja ciego á quien la busca... Cese la energia de los labios, y contemplen mis ojos como áncoras festivas un texto muy literal, que me ofrecen los Cantares. Porque si esta triste y turbulenta avecilla, es trono geroglífico de la castidad, etc. Ea pues, digámosla aquella acróstica oracion, que en sus niñeces enseñó á su hija María. Digo, que estas cláusulas no merecen descalzar el pié á las otras, y que teniendo Fray Gerundio estos modelos, no extraño que hubiese ensartado tan furiosos disparates. Ya no tengo paciencia para leer más, porque está bien vista la muestra del paño; y desde luego aseguro, que el autor de estos sermones es sin duda algun mozalvetillo barbiponiente y atolondrado,*

de estos que aún están con el vade en la cinta, que habiendo leído cuatro libros de estilo culti-latino rumbático, y teniendo media docena de poetas, de mitológicos y de emblemistas, sin saber siquiera qué cosa es estilo ni ser capaz de saberlo, se ha formado una idea de locucion estrafalaria y pedantesca, y encaja *ab hoc, et ab illo* todo cuanto se le pone delante.

19. Poco á poco, padre nuestro, replicó Fray Gerundio, que V. Paternidad padece en eso una enorme equivocacion. El autor no es lo que V. Paternidad piensa, no es por ahí un autorcillo como quiera, es mucho hombre, es hombron, y ha hecho tanto ruido en España, que pocos han hecho más ni aún tanto. Vea V. Paternidad la primera llana del libro, lea el título de la obra y los dictados del autor, y despues me dirá V. Paternidad si es rana. Aunque ya habia cerrado el libro el provincial, y aún habia hecho ademán de arrojarle con indignacion por una ventana, oyendo esto á Fray Gerundio, le picó la curiosidad, abrió el frontis de la obra, leyó el título, y halló que decia así ni más ni ménos: *Florilógio Sacro, que en el celestial, ameno, frondoso Parnaso de la Iglesia, riega (místicas flores) la Aganipe sagrada fuente de gracia y gloria Cristo. Con cuya afluencia divina, incrementada la excelsa Palma Mariana (triumfante á privilegios de gracia) se corona de victoriosa gloria. Dividido en discursos panegricos, anagógicos, tropológicos y alegóricos, fundamentados en la Sagrada Escritura, roborados con la autoridad de Santos Padres y Exegeticos, particularísimos discursos de los principales expositores, y exornados con copiosa crudicion sacra y profana, en ideas, proble-*

mas, hieroglíficos, filosóficas sentencias, selectísimas humanidades. Su autor el R. P. Fr. etc.

20. Por un gran rato quedó atónito el bueno del provincial, no sabiendo lo que le pasaba, y pareciéndole que con efecto era sueño lo que le sucedía. Pero al fin, volviendo en sí, estregándose los ojos, y palpando el libro, conoció que no soñaba. Quiso ver quien había tenido valor para aprobar aquel inmenso conjunto de desatinos, y para votar que se diesen á luz unos sermones, que no solo no debieran imprimirse, aunque no fuese más que por el honor de la nación, pero ni debieran los superiores á quienes tocaba haber permitido que se predicasen; pues no metiéndonos por ahora en más honduras, y sin detenernos á examinar una infinidad de proposiciones osadas, disonantes y aún erróneas respectivamente, solo la broza, el fárrago, el hacinamiento pueril de citas, textos, autoridades y lugares de todas especies, traídos sin método, sin juicio, sin elección, sin oportunidad, y las más veces por pura asonancia; solo el intolerable abuso de valerse por lo ménos tanto de los autores profanos como de los sagrados, hombreando Marcial, Horacio, Catulo y Virgilio con San Pablo, y con los profetas, y usando más de Beyerlink Mafejan, Aulio Gelio y Natal Comite, que de los Padres de la Iglesia; solo el estafalarío, el loco y aun el sacrilego empeño de apoyar los misterios más sagrados, y las acciones más ejemplares y más serias de los santos con una fábula, con una noticia mitológica, ó con una superstición gentilica; solo el estilo tan fantástico, tan estrambótico, tan puerilmente hinchado y campanudo; solo un lenguaje tan esguí-

zaro, tan bárbaro, tan mestizo, que ni es latino, ni griego ni castellano, sino una extravagantísima mezcla de todos estos tres idiomas; solo por esto, vuelvo á decir, que verá y notará cualquiera que tenga ojos en la cara, merecía el tal predicador, que desde el primer sermón le hubieran quitado la licencia de predicar; pero ¡no solo no haber hecho esto, sino haberle permitido que imprimiese tales sermones; haber encontrado quien se los aprobase! Veamos quienes fueron los censores.

21. Aun más pasmado quedó el celoso provincial, cuando leyó el número, la autoridad y los elogios que daban al autor los aprobantes. Es verdad, que en medio de los elogios, le pareció como que divisaba algunas cláusulas, que le sonaban á pullas ó á discretas advertencias del modo con que el padre predicador apostólico debiera haber escrito; bien que temió, que esto acaso podía ser malicia suya. Los primeros aprobantes dicen, que *han leído el Florilogio Sacro con singularísimo gusto*; y añaden inmediatamente: *¡ojalá que con igual aprovechamiento!* Qué sabemos si en esto quisieron decir: ¡ojalá que el padre predicador apostólico nos hubiera edificado tanto, como nos ha divertido; ojalá, que hubiera hablado más al alma y al aprovechamiento, que al gusto y á la diversion; ojalá que se hubiera dejado de flores y de flores tan vulgares, tan inútiles y tan silvestres, y que nos hubiera dado sazonados frutos! Notó también, que dichos aprobantes aplicaban á la obra un elogio, que Cino y Praxitelo dieron á la Cloaca de Galeno, y se le ofreció, si acaso lo decían por lo que esta obra tiene también de Sentina, pues toda ella huele á gentilidad y á pedantismo que apesta.

22. El segundo aprobante, sumamente respetable por todas las circunstancias de su dignidad y de su persona, da bastantemente á entender, que aprobó la obra *in fide parentum*, y que la leyó por poderes, siendo muy verosímil, que sus muchas y graves ocupaciones no le diesen lugar para registrarla de otra manera. Y á la verdad fué disculpable en los excesivos elogios, que la dió; porque ¿quién se habia de persuadir, á que no los merecian unos sermones, que pretendia estampar un predicador apostólico, un lector de teología y un cronista de su orden? Fuera de que quizá tendria presente, lo que dijo cierto poeta en caso semejante: *Que los poetas que alaban, y los censores que aprueban, nunca dicen lo que los autores son, sino lo que debieran de ser*. Finalmente, en todo caso, al fin de la censura, hablando de cierto sermon que el autor predicó en la misma ciudad, donde vivia á la sazón el reverendísimo, dice, que *tuvo la fortuna ingrata de no haberle oido*. Y si yo me conozco en desengaños, no es corto el que le ofrece en esta breve cláusula; pues ello, *ingrata ó no ingrata*, ya dice, que el no haberle oido fué fortuna suya. Yo á lo menos por tal la tengo.

23. El tercer aprobante, de circunstancias no ménos respetables que el segundo, no se anda en dibujos, y con toda la claridad y gravedad que correspondia á su elevado carácter, desde luego le declaró lo mucho que le sobresaltó el título de *Florilugio Sacro*, que le hizo entrar ya leyendo el libro *con advertencia*, que es decir en cortesía, *con desconfianza*, por lo mucho que *disuena lo florido con lo apostólico, siendo muy extrañas del apostólico predicador las flo-*

res. Y aunque despues procura dorarle suavemente la píldora, para que la trague, en todo acontecimiento el acibar medicinal allá vá, sino hiciere buen efecto, atribúyalo el enfermo á su mala disposicion.

24. Pero al fin, concluyó el provincial, volviéndose á Fray Gerundio, sea lo que fuere de las aprobaciones, dígole, que no le he de volver este libro, porque cosa más á propósito para acabarle de rematar en ese perverso gusto, que tiene de componer sermones, es imposible que se haya estampado ni que se estampe en todos los siglos de los siglos. Padre nuestro, dijo Fray Gerundio, el libro me le volverá V. Paternidad, porque no es mio. ¿Pues de quién es? preguntó el provincial. No se lo puedo decir á V. Paternidad, respondió Fray Gerundio, porque me le prestaron en confesion. Resonó en toda la celda una espantosa carcajada, al oír tan gracioso despropósito; pero Fray Gerundio sin turbarse prosiguió diciendo: Y en orden á las tachas, que V. Paternidad le pone, lo que yo veo es, que corre con grande aplauso, que la impresion se despachó luego, y no se halla uno por un ojo de la cara, porque los que le tienen le guardan como oro en paño; y en verdad, que todos son hombres de buen gusto, y que el autor se hizo famosísimo en España, por una obra que publicó, dicen, que en el mismo estilo que el Florilugio, contra cierto escritor que ha metido gran ruido en este siglo. Con que si esto es predicar mal y con mal estilo, yo digo claramente á V. Paternidad, que no pienso predicar con otro estilo ni de otra manera mientras Dios me guarde el juicio. Dijo, y sin hablar más palabra, volvió las espaldas, y se des-

pidió broncamente de aquella reverendísima asamblea.

25. No se puede ponderar lo irritado, que quedó el provincial á vista de aquel desahogo, y de una despedida tan irreverente y tan desatenta. Iba á mandar con el primer movimiento de la cólera, que le emparedasen; pero algunos padres maestros, que conocian mejor la candidez de Fray Gerundio, le aseguraron, que aquella no era malicia, sino pura inocencia, y una mera simplicísima intrepidez. Con esto se sosegó, y se contentó con decir, que si como él estaba ya para acabar el provincialato, hubiera de proseguirle, tarde subiria al púlpito el majadero de Fray Gerundio: expresion, que no se sabe como se le escapó, porque era hombre moderado y comedido. Pero Dios nos libre de un hombre colérico, cuando todavía están calientes las paredes.

26. Miéntras pasaba esto en la celda del provincial, andaba una terrible zambra en el convento entre los frailes de escalera abajo sobre la misma salutación. Es verdad, que los más eran de la propia opinion que nuestro padre; conviene á saber, que era imposible predicarse cosa más disparatada: pero otros defendian, que habia sido un asombro, y aunque no dejaban de conocer, que habia dicho muchos desatinos, pero los disculpaban con la poca edad, con los ningunos estudios, y en fin decian, que el talentazo, el garbo, la voz y la presencia lo suplían todo. Sobre todo, el formidable partido de los legos se le calzó enteramente, y no le faltó siquiera un voto, para que desde luego le ordenasen y le hiciesen predicador. Pero los que más á banderas desplega-

das se declararon por él entre los legos, fueron el socio del provincial y el sacristan segundo de la casa. Estos eran votos de grande consecuencia; porque el sócio habia cogido al bueno del provincial las sobaqueras de tal manera, que hacia más caso de él, que de muchos padres graves, y era voz comun en la provincia, que le dominaba.

27. El sacristancillo segundo por su término no le iba en zaga. Era un leguito, que ni de molde, de mediana estatura, cariredondo, agraciado, lampiño, ojos alegres y chuscos, pulcrísimo de hábito, vivaracho, oficioso, servicial y mañoso, porque sabia hacer mil enredillos de manos. Cortaba flores, dibujaba decentemente, componia relojes, acomodaba vidrios y para una cazuelita, para una torta, para una bebida tenia unas manos de ángel. A favor de estas habilidades y de su génio blando, y un si es no es zalamero, se insinuaba en las celdas, con especialidad de los padres graves, hacíalos la cama, limpiábales las mesas, batíalos el chocolate, servíalos en otros mil menesteres; y como le encontraban pronto para todo, se habia grangeado no solo el cariño, sino la confianza de los más, tanto, que casi los daba la ley, y los hacia querer todo lo que él queria, y alabar todo lo que él alababa. No es decible cuanto importaron á Fray Gerundio estos dos votos, y despues el de los demás legos; porque los dos primeros llegaron á hacer blandear, el uno al provincial, y el otro á casi todos los padres gordos, y los demás, como cada cual tenia su santo de devocion, poco á poco le fueron conquistando á los frailes de misa y coro; de manera que, en breves dias, ya casi todo el convento se declaró á favor de sus predicaderas.